

TIBURÓN PIÑATA

Tamara Romero

El mundo es un vampiro, pensaba mientras observaba el torpe merodeo de León alrededor de las mesas de jardín donde su madre, Su (de Susanna), había dispuesto con sumo esmero todos los desechables y coloridos componentes de la fiesta de su undécimo cumpleaños.

Hacía ya siete años que me había instalado en casa de Su, no demasiado tiempo después de que empezáramos a salir. Mi amor por ella en aquellos primeros meses era completamente incondicional (ahora es más sosegado), pero por fortuna tuve las luces necesarias para poner el foco sobre un resquicio de duda: Su venía con una contundente mochila, su hijo León, sobre el que ya se había encargado en numerosas ocasiones de advertirme que era su máxima prioridad. León no tenía padre, según le había explicado ella claramente, pero con la jerga técnica correspondiente, en cuanto el chaval mostró las mínimas entendederas. Ella, una reconocida especialista en fertilidad, se había convencido a sí misma de que necesitaba experimentar en su propio vientre qué era aquello que estaba recomendando a las mujeres que sobrepasaban la cuarentena y se acercaban a su consulta. A los veintisiete años, Su se encerró una tarde en su laboratorio y creó a León. Desde entonces, no había querido volver a saber nada de bebés fabricados de la manera común. A mí ya me parecía bien.

Mi mujer me había pedido pocas cosas de cara a la fiesta de cumpleaños del crío. Entre ellas, me propuso el reto de encontrar una piñata con forma de tiburón y me pidió que la colgara de los dos limoneros que tenemos en el jardín.

—¿No cederán las ramas?— le pregunté, preocupado por la entereza de los árboles a los que tantos cuidados dedicaba—. Y además, ¿no es un poco mayor para piñatas? Si la idea es que vayamos limando el tema de sus amigos, francamente, no sé si es lo mejor.

“El tema de sus amigos” era un pueril eufemismo de la cruda realidad: a León le amedrentaban en el recreo. Nunca nos había contado que le hubieran pegado, pero sin duda era objeto de mofas y risas por su prematuro amaneramiento y por lo de *Tiburón*. León estaba obsesionado con *Tiburón*, la película de Spielberg, y por extensión, con toda la información relativa a tiburones que pudiera caer en sus manos. Veía la película a menudo y estaba tan enterado de todo lo que la rodeaba que a veces resultaba completamente insoportable. Tal vez el hecho de no ejercer de padre al uso con él, tras largas conversaciones con Su al respecto, era la causa de que en ocasiones lo viera como un molesto personajillo, algo que me hacía sentir mal y por lo que yo mismo me castigaba. Por ejemplo, si se me escapaba una mirada rabiosa al ver al crío montando coreografías delante de la tele, yo mismo me prohibía el café irlandés de aquella noche. Soy un completo idiota, lo sé. (Su madre no puede saber nada de esto).

—Tus limoneros estarán a salvo. Ve a Friso, por favor, y trata de encontrar una piñata con forma de tiburón. Yo me ocuparé del payaso y de

todo lo demás— dijo Su sin darme tiempo a réplica, pues estaba al teléfono y su interlocutor parecía haber atendido al fin la llamada.

A pesar de ello, abrí la boca para protestar, pero lo del payaso me produjo tal escalofrío retardado que fui incapaz de concretar ninguna frase. De todas formas, Su ya no me escuchaba. Cogí las llaves del coche y me fui a Friso, la tienda de disfraces y artículos de cumpleaños más grande de Nerine, decidido a no postergar más el encargo ni empezar una discusión. Faltaba una semana para la fiesta. Sin embargo, no encontré allí ninguna piñata con forma de tiburón.



La mañana del cumpleaños de León, un viernes festivo, angosto y caluroso de primavera, me encaramé a una escalera y me dediqué a colgar la piñata de forma que las ramas no se inclinaran y sufrieran el mínimo daño posible, a pesar de que intuía que aquellos animales las golpearían con el palo hasta dejarlas desnudas.

—Es fenomenal que la hayas encontrado, cariño. Te debo una. A León le va a encantar— me decía Su, mirándome desde abajo con los brazos en jarras—.

La mayoría de los invitados al cumpleaños de León eran niñas de su clase, acompañadas por sus padres, entre los que Su se paseaba solícita con una jarra que contenía un líquido de color rosa. Solo acudieron otros tres chavales enfermizamente tímidos que apenas se hicieron notar. Me senté en una silla del jardín con una revista de motor y eché un ojo a los críos, quienes revoloteaban alrededor del payaso como abejorros, León incluido. Su llegó con el palo de la escoba en la mano, embriagada por las seis copas de *champagne* que ya había tomado.

—¡La hora de la piñata, chicos!— exclamó.

Vendió los ojos de su hijo con un trapo de cocina y lo hizo girar tres veces sobre su propio eje tras colocarle el palo entre las manos. León se desorientó enseguida y las niñas, adornadas con lazos blancos y morados, lo rodearon y vitorearon como si fueran un coro griego.

La primera sacudida a las ramas de los limoneros no tardó en llegar. León no atinaba con la barriga blanca del tiburón. Una de las crías pensó que era divertido darle indicaciones falsas y el resto la imitó de la manera más previsible y patética. Las amigas de León se arremolinaron bajo el estómago del pez de cartón, esperando su inmerecida lluvia de chucherías. El chaval parecía haber encontrado la posición adecuada para darle lo suyo a la piñata, pero los bastonazos que le profería eran demasiado endebles.

Fueron dos minutos interminables los que pasaron hasta que el estómago de papel se rasgó y se apoderó de las miradas atónitas de todos los padres presentes. Del tiburón no salieron caramelos, ni chucherías, ni chocolatinas. Lo que cayó del animal de papel fue una gran cantidad de

inmundicia; un espeso líquido rojo que recordaba demasiado a la sangre corrupta, olorosas cantidades de casquería que aterrizaron sobre los vestidos blancos de las niñas, multitud de esponjosos órganos morados, demasiado parecidos a hígados castigados por el alcohol.

Pero, sorprendentemente, no fue el contenido lo que me causó un profundo desasosiego. Los factores de aquella escena que me soliviantaron y me hicieron saltar de la silla de jardín fueron el tiempo y el espacio. El tiempo que tardó todo aquello en caer sobre los cuerpos preadolescentes, demasiado dilatado para el espacio que debería ocupar. Las tripas, como las llamaría Su en numerosas conversaciones después de vivir aquella situación, se precipitaron del interior del tiburón de papel durante al menos dos minutos, sin que ninguno de los presentes pudiéramos reaccionar, cuanto menos apartando a los niños de la pesada lluvia roja.

Lo que el resto de padres catalogó como “aquella porquería que salió de la piñata” para mí fue un completo desafío a la lógica y a la física. En primer lugar, era imposible que tal cantidad de cosas estuvieran dentro del cuerpo de tiburón de papel, como para tardar dos minutos en vaciar su contenido. Segundo: una buena parte de la casquería era líquida —sangre—, por lo que el sentido común me dice que debería haber calado en las paredes de cartón del animal. Hubiera manchado mis manos, el asiento trasero de mi Land Rover cuando fui a buscarlo a la oficina de mensajería. No fue así. A no ser que el animal por dentro estuviera forrado con algún tipo de plástico aislante, y por ello a León le costara atinar con el palo.

Pero ningún padre parecía dispuesto a compartir o atender siquiera mis interrogantes. La fiesta hubiera terminado en un completo silencio si no fuera por el llanto que soltaron algunas de las pequeñas amigas de León. Su me fulminó con la mirada y yo le respondí con un silencioso gesto de manos, extendiéndolas, mostrándole que no estaban manchadas ni tenía nada que ocultar. Acto seguido, se deshizo en disculpas con los presentes, profirió un amago de lagrimeo, hipidos y correteos nerviosos para socorrer a los menores, a los que palpaba con cuidado de no mancharse su cara blusa de seda, mientras trataba de limpiarles la sangre de los párpados y retiraba trocitos de seso de los rubios cabellos.

Como ninguno de los padres, quienes me preguntaron si aquello era algún tipo de broma o sorpresa preparada, quiso introducir a sus hijos en los asientos traseros de sus utilitarios en aquel estado, dispuse a los niños en grupo en el centro del jardín. Alguien sugirió que saltaran a la piscina, pero tanto Su como yo ya empuñábamos en nuestras manos las mangueras que utilizábamos para refrescar las rosas y los limoneros.

Abrí el grifo y regulé el agua para eliminar todo rastro de sangre de los críos. Su hizo lo propio.

—Cariño— dije mientras los rodeábamos, sin saber muy bien qué decir pero con la esperanza de empezar desde ya a mitigar el inminente conflicto—, ¿qué filósofo fue el que dijo que las mujeres sentían un placer infinito al sujetar una manguera y regar las plantas?

—¿Qué?

—No sé dónde lo he leído. Al parecer sentís cierta envidia porque los hombres pueden orinar de pie sin problemas y os resarcís y recreáis en ello siempre que tenéis una manguera en la mano. ¿Qué opinas?

—¿Te parece este un buen momento para tus tonterías, Gerardo?

Cambié de tema. Hablábamos en voz baja a la vez que los padres cuchicheaban aún horrorizados, comentando aquella sorpresa de pésimo gusto.

—¿Has visto lo mismo que yo, verdad? Es imposible que toda esta mierda cayera de ese bicho de papel durante dos minutos. Imposible. Es como si los críos tuvieran un tanque de líquido sobre sus cabezas. Las ramas jamás hubieran aguantado todo ese peso, hubieran cedido y lo sabes. Necesito tu opinión como científica.

—Mañana por la mañana sin falta iremos a Friso a montar un buen pollo. No pienso conformarme con que nos devuelvan el dinero— contestó Su, visiblemente cabreada.

Ejem.

—Pues verás, al final no compré la piñata en Friso. Fui allí tal y como me pediste, pero no había ninguna con forma de tiburón. Había otros animales, pero no tiburones.

—¿Y dónde la has comprado?

—En una tienda online. La enviaban en solo veinticuatro horas. Después te la enseño, si quieres.

Oh, sí. Por supuesto que querría.

Su me pidió que fuera a buscar todas las toallas que teníamos en casa. Colocamos veinticinco sobre los hombros de los amigos de León. Él y uno de los niños tímidos que se había librado de la cascada de inmundicia pero no de nuestra manguera se quedaron sin toalla, agotadas todas nuestras existencias; y permanecieron tiritando, con las camisas de un sospechoso y recién adquirido color rosa. Su insistió a los padres de las amiguitas de su hijo para que se quedaran la toalla y la extendieran en el asiento trasero de sus coches.

Aquella noche nos secaríamos con paños de cocina rugosos.



León, siendo como era un muchacho avisado, no hizo preguntas aquella noche. No se quejó ni lloriqueó como —he de decir— hubiera esperado de él. Se marchó a su habitación y nos dejó a su madre y a mí delante del ordenador, haciendo una búsqueda exhaustiva que nos ofreciera las respuestas que necesitábamos. Su necesitaba saber dónde se ubicaba la empresa distribuidora de piñatas y quiénes eran las personas a su cargo. Yo seguía pensando —era, de hecho, una obsesión creciente—, en cómo habían conseguido introducir

todo aquello en el endeble animal de papel. Curiosamente ninguno de los dos se preguntaba la razón para llevar a cabo tal empresa.

La tienda online a la que yo había llegado utilizando las palabras clave TIBURÓN PIÑATA se llamaba Estruendo Visceral. Apropiado, pensé.

—¿Has utilizado una de nuestras tarjetas de crédito en una página llamada Estruendo Visceral?

—Me pareció fiable porque, como ves, la web está perfectamente diseñada. Carro de la compra, pasarela de pago, el candadito de seguridad en la parte inferior de la pantalla. Incluso han invertido en Adwords. Su posicionamiento es muy bueno.

La *home* de Estruendo Visceral se desplegó en nuestra pantalla. Mi búsqueda me había llevado directamente a la página donde estaba la piñata, que compré sin demora tras leer una breve descripción del producto. En ningún momento me planteé curiosear entre el resto de artículos. De haberlo hecho no sé si hubiera procedido con la compra, porque la realidad era que el tiburón piñata era el único producto que vendían.

—Parece que están ultraespecializados— comenté a Su, en el momento en que me arrebató el ratón de las manos y hacía clic en el resto de apartados de la página.

En la sección QUIÉNES SOMOS no había un teléfono de atención al cliente, pero sí una dirección que apuntaba a la nave de un polígono industrial en las afueras de Nerine.



A la mañana siguiente nos despertamos con la noticia de la inesperada y sobrecogedora muerte de la actriz Mirta Escada, narrada como si fuera La Guerra de los Mundos desde la radio-despertador que nos devolvía a la realidad todas las mañanas. A Mirta la habían encontrado lívida, bloqueando el paso del oxígeno en su organismo, flotando en la balsa de sangre en que se había convertido su cama. La muerte había tenido lugar la tarde anterior mientras, al parecer, la actriz atendía a su siesta reparadora diaria, justo en el momento exacto en que la críptica piñata se abría sobre los niños en la fiesta.

Mirta Escada era masivamente conocida, una estrella del cine aún joven (no había cumplido los cincuenta años), por lo que la onda expansiva de la noticia se extendería durante semanas, no solo por su popularidad, sino por la particular situación en que se halló su cuerpo. Estaba rodeada de una escandalosa cantidad de sangre, en principio suya, sí. Pero no pudieron encontrar en su blanca y esculpida piel ni la menor herida, ni un mínimo resquicio abierto a traición por el que todo aquel líquido vital hubiera podido escaparse.

Su y yo bajamos rápidamente a preparar el desayuno y a encender el televisor para poder seguir el minuto a minuto de las reacciones y toda la parafernalia de la muerte que suele rodear el deceso de una figura icónica. Era

la típica mañana de sábado en que hubiera preferido quedarme en casa con el mando de la tele bien a mano, en el bolsillo de la camisa, enterándome bien de todo lo que cualquier Don Nadie que en algún momento hubiera alternado con la gran Mirta pudiera opinar sobre tan fatal desenlace. Sin embargo, Su no estaba dispuesta a hacer ninguna concesión respecto a la misión que teníamos que abordar aquella mañana: coger el coche y acercarnos a la nave de Estruendo Visceral para presentar una airada queja respecto a lo acontecido en la fiesta de León.

Mi mano se desvió fugazmente, provocando que parte de los cereales se esparcieran por la encimera, al escuchar el grito descontextualizado de Su al abrir la nevera. En aquel momento, el crío aparecía por la puerta de la cocina, con los ojos apenas aún abiertos.

—¿Qué es esto?— preguntó su madre.

—¿No lo ves? Es el corazón de un cordero. Lo recogí ayer de lo que cayó de la piñata—contestó León.

El trozo de carne amoratado yacía mustio sobre la bandeja, tiñéndola de rojo, rodeado de latas de refresco.

—¿Y qué hace aquí, cariño?

—Lo necesito para llevarlo a clase de ciencias el lunes. Vamos a diseccionarlo. Te pedí que me compraras uno en el mercado pero debes haberlo olvidado— contestó León.

—Ah, sí. Bien, supongo que puede quedarse ahí hasta el lunes, pero tenemos que envolverlo en plástico. Y ahora desayuna rápido y vístete. Nos vamos los tres a hacer un recado.

—¿Puedo quedarme solo en casa?

—Sabes que no, León. Hemos hablado de eso muchas veces. El año que viene lo pensaremos.

Como de costumbre, preferí guardarme mi opinión sobre el hecho de que León tuviera que acompañarnos a todas partes. No quería empezar una nueva discusión con su madre. Yo mismo había estado ahí, había tenido once años y sabía perfectamente lo poco estimulante que era para un preadolescente no poder quedarse solo en casa. Fui consciente sobre todo el día que encontré una revista con tipos desnudos en su carpeta de recortes de *Tiburón*. No lo comenté con su madre porque me sentía como un burdo espía, pero sabía que Su se pondría histérica si se enterase de que lo sé y no lo he comentado con ella. León, obediente, terminó el desayuno y subió a cambiarse.

Mientras, en la tele seguían diseccionando —metafóricamente— el cadáver incorrupto de Mirta Escada. En aquel momento un equipo de televisión se apostaba ante las puertas de su mansión y apuntaba sus objetivos hacia el trasiego de investigadores, miembros de los servicios funerarios, curiosos arremolinados en torno a la zona acordonada y periodistas. No hice amago alguno de moverme, anclado a aquel hipnótico suceso, mientras Su iba arriba y abajo por el salón, imprimiendo toda su energía a sus tacones,

colgándose el bolso al hombro y empuñando un manajo de llaves, que agitaba ruidosamente con el objetivo de incomodarme y hacerme saltar del taburete.

—¿Vamos?—inquirió.



Yo conducía. El cielo amenazaba con expulsar una tormenta, así que pensé que al menos no me perdería una agradable mañana en el jardín junto a la piscina. En realidad no habíamos hablado exactamente sobre qué les íbamos a decir a aquella gente de las piñatas, y el trayecto en coche hubiera sido una oportunidad para comentarlo si no hubiera sido porque tanto Su como yo, e incluso León, diría, estábamos absolutamente pendientes de los últimos datos sobre Mirta Escada en el programa especial que acababa de empezar en la radio.

—¿Cómo es posible?—le pregunté a Su—. La han encontrado en medio de un charco de sangre que, al parecer, es de ella y no parece tener ni un solo rasguño. Es como si la hubieran vaciado por algún orificio.

—Bueno, en primer lugar, no se sabe seguro si la sangre es suya. Tendrán que analizarla.

Su y yo teníamos una inquietante devoción por el fallecimiento de personajes famosos. Siempre que algo así sucedía, quien primero recibiese la

noticia buscaba rápidamente al otro y le formulaba la pregunta “¿Sabes quién ha muerto?”, a lo que el otro respondía con una retahíla de nombres de personajes relativamente conocidos y por lo general de edad avanzada o con problemas de adicciones. Aquella mañana la noticia nos había llegado a los dos al mismo tiempo, por lo que me vi privado del gran placer que me suponía informar a mi mujer de las muertes ajenas.

Llegamos al polígono industrial al norte de la ciudad, donde se suponía que estaba la sede de la empresa que fabricaba las piñatas, según la información de la página web. Aquella zona estaba llena de almacenes en los que se acumulaba el inventario de todos los bazares orientales de la ciudad. De hecho le había dicho a Su que probablemente los responsables de la fraudulenta piñata fueran los chinos, que aquellas vísceras putrefactas venían de lejos. Su me lanzó una de sus miradas condescendientes, que en realidad significaban *No tienes ni idea. Si tus palabras no son mejores que el silencio, guárdatelas para ti*. En efecto. Siempre he sido un gran hablador.

Tras dar algunas vueltas, llegamos al lugar exacto desde donde se suponía que Estruendo Visceral operaba. Era un almacén diferente al resto, erguido hasta la mitad de la altura de las moles que lo rodeaban, sus paredes metálicas pintadas de un azul amable. No había ningún cartel ni signo indicador que nos asegurara que estábamos en el sitio correcto. Tenía una puerta de color negro decorada en su base y en la parte superior con inequívocos triángulos blancos que recordaban demasiado a colmillos. La puerta era una boca devoradora y amenazante.

—¿Estás seguro de que es aquí?— preguntó Su.

—No puede ser otro lugar. Es un almacén disfrazado de tiburón.

La puerta-boca tenía en su centro un llamador dorado que ocupaba aproximadamente el lugar de la campanilla al fondo de una garganta, a la altura de nuestros ojos. Lo agarré y no tuve tiempo de hacerlo restallar contra el metal. La puerta del gran tiburón se abrió y en lugar del mafioso oriental que mi poca imaginativa mente había situado en su interior, fue la más incólume oscuridad la que dio la bienvenida a nuestra familia. Al fondo, un pequeño bulto con forma de cono se escurrió ante mis ojos.

—¿Quién anda ahí?— pregunté de inmediato.

Su me miró extrañada.

—¿No somos nosotros quienes deberíamos responder a eso?— susurró.

Me tocaba las narices que Su de repente relajara sus intenciones, cuando había sido ella quien había dispuesto y capitaneado esa expedición. Sé bien a qué venía toda esta historia. Venía de una muy loable costumbre recientemente adquirida de protestar cuando un servicio de cualquier tipo, fuera cual fuera la cantidad de dinero desembolsada, no satisfacía plenamente sus exigencias. Y tenía todo el sentido no ya venir a protestar al almacén distribuidor, sino poner una denuncia, qué sé yo, por atentado sanitario con el agravante de menores implicados en el asunto; pero en aquel momento las riendas estaban en mis manos y no me apetecía.

La respuesta que obtuvimos fue el olor, un contundente olor a caramelo, a fresa hiperedulcorada mezclada con chocolate, mora y plátano; o tal vez fuera el olor a productos químicos que usurpaban la esencia de los dulces, los potenciaban y los convertían en manjares intangibles.

Su y León —por un momento había olvidado que el crío también nos acompañaba— aspiraron con fuerza, embriagados por aquel delicioso aroma, y perdieron un significativo porcentaje de su locuacidad durante el resto de la mañana. Incluso creí ver que entrecerraban los ojos. El espíritu de un yonqui del azúcar se había apoderado de mi familia.

—Deben ser los caramelos con los que rellenan las piñatas. Todas menos la nuestra— dijo Su, arrastrando las vocales.

En aquel momento me debatí entre cogerlos de la mano y seguir adelante hacia la nave principal o devolverlos al coche mientras yo trataba de interponer nuestra queja y, con suerte, recuperar el dinero. En la habitación contigua a la puerta exterior había una mesa de madera cubierta de papeles, un viejo ordenador Macintosh encendido, un pañuelo de papel usado, rotuladores fluorescentes, un sacapuntas eléctrico y una manzana mordisqueada que empezaba a oxidarse. Quien quiera que hubiera estado allí sentado, sin duda acababa de levantarse unos minutos antes. Di la vuelta a la mesa. Tras ella, en la pared metálica, había un panel de corcho con algunos albaranes, un listado de teléfonos de emergencia y cuatro postales, posiblemente enviadas por los empleados durante sus vacaciones: de Okinawa, Amity Island, Nueva York y Láidamo, la ciudad oculta tras la

Cascada del Castigo. Todo un reto llegar hasta ahí, pensé, y sonreí ante la ingenua ocurrencia de enviar una postal de mis vacaciones a la oficina.

Ya me había acostumbrado al incesante olor a golosina cuando reapareció el bulto cónico que había atisbado al acceder al almacén. En la puerta que comunicaba con la nave central, a solo dos metros de la mesa de la recepción y a punto de provocarme un susto que contuve en el último suspiro, apareció un niño algo más joven que León, con una vestimenta anticuada, como podría haber ido vestido yo mismo con diez años: un polo blanco demasiado estrecho y pantalón corto por encima de la rodilla, justo en el punto donde aún se ven las costras de sangre provocadas por las caídas. Un gorro de cartón de color azul, con forma de cono puntiagudo se elevaba sobre su cabeza, prácticamente doblando su estatura. Tras él se cernía una sombra redonda y renqueante. El crío apuntó su dedo en dirección a mí.

—Es él, ama— dijo.

Detrás de él, una anciana obesa y enlutada desde el cuello hasta los pies, caminaba con pesar, con la mano derecha apoyada en el hombro del niño. Enseguida me di cuenta de que la vieja era ciega y di la vuelta a la mesa para coger la mano de Su. Lo cierto es que siento, cómo decirlo, cierta aprensión por los invidentes. No por nada, sino porque me inquietan, me hacen sufrir y ponerme en su lugar. Empatizo de una manera muy molesta con todos ellos. Los ojos blanquecinos de la anciana me desvían del pensamiento lógico que debería rondarme en ese instante: por qué está allí una persona tan mayor, tal vez trabajando, tal vez incluso regentando el negocio. Una vieja ciega que distribuye *online* piñatas con forma de pez, algunas de ellas defectuosas.

—Queríamos hablar con algún responsable de Estruendo Visceral— dije—. Es por una piñata que compré a través de su tienda online y que no estaba rellena de caramelos.

El niño y la vieja se acercaron. La anciana tenía una abundante melena gris, de aspecto mullido.

—Yo soy la responsable— dijo. Me llamó la atención fue que su voz no era la de una persona mayor. Sonaba joven, poco o nada curtida. Entonces recordé aquello de que los ciegos tienen mucho más desarrollados el resto de sentidos para compensar su invidencia y me pregunté cuál de los otros cuatro era el que estaba agudizando en nuestra dirección—. Creo que sé cuál es vuestro problema. Acompañadme.

La seguimos hasta el interior de la nave, donde una veintena de niños con capirotos de colores se afanaban en la confección de nuevas piñatas. El techo de la nave, de unos cinco metros de altura, estaba forrado de tiburones de cartón con los vientres cargados de dulces.

—¿Estos niños trabajan aquí?— preguntó Su, que poco a poco iba saliendo de su letargo de azúcar.

—Por supuesto que no, querida— dijo la vieja—. Son mis nietos. Hoy es sábado, así que no están en clase. Sus padres consideran que es bueno para ellos que los fines de semana nos echen una mano con el negocio familiar.

Al fondo de la nave, a unos metros de un gran tanque transparente lleno de chicles había una tarima sobre la que se elevaba un sillón que parecía

cómodo y que se asemejaba demasiado a un trono. Estaba convencido de que desde esa posición se obtenía una panorámica completa de todo lo que sucedía en la nave. La mujer se dirigió hacia su silla altiva, y nosotros la seguimos como si fuéramos súbditos acudiendo a una audiencia. El niño-guía no se movió de su lado hasta que no estuvo perfectamente acomodada, pero después no volvió con sus hermanos o primos, sino que se quedó a su derecha, como si fuera el miembro elegido de su guardia personal. Me di cuenta de que el cono de cartón en las cabezas de los niños tenía la medida exacta para rozar milimétricamente las panzas de los animales que colgaban del techo.

—Os escucho.

No entendí muy bien qué hacíamos ahí.

—Compré una de sus piñatas para nuestro hijo. Él— señalé a León, que se había separado de nosotros para acercarse al tanque de chicles—. Pero en lugar de caer caramelos de su interior, al romperla el crío con el palo, cayeron vísceras.

—¡Vísceras!— exclamó la vieja, y soltó una sonora carcajada, repentina y estruendosa como campanas de catedral.

Su recobró del todo la palabra y su vehemencia habitual.

—Queremos una explicación. Y que nos devuelvan el dinero, eso por descontado. La fiesta de cumpleaños de mi hijo quedó arruinada y no pude

dar ninguna explicación lógica a mis invitados, que vieron como sus hijas acabaron manchadas de sangre.

Sentí como propia la más que probable vergüenza ajena de León en aquel momento.

—¡Niños, acercaos!— exclamó la mujer.

El ejército de gnomos dejó lo que estaba haciendo y se acercó, formando dos líneas frente al trono de la abuela. Algunas piñatas se agitaron levemente y mi instinto buscó algún indicio de contenido sospechoso en su interior. Pero todos los animales de cartón parecían hacer la habitual digestión de dulces.

—¿Habéis oído lo que nos cuenta esta señora?

Todos asintieron, con las manos unidas detrás de la espalda.

—¿Y bien? ¿Alguien tiene algo que decir?

No pude evitar intervenir.

—Si los niños solo vienen los sábados, ¿no ha pensado que tal vez el responsable no esté aquí en este momento? Además, personalmente tampoco quiero convertir esto en una caza de brujas —Su me tiró de la manga de la camisa, con toda probabilidad para indicarme que me callara. La ignoré—. Imagino que mi mujer se conformará con que nos devuelva el dinero, pero lo que yo quiero saber es cómo han hecho para introducir tal cantidad de órganos y líquido en el cuerpo de la piñata y que en ningún momento

sobresaliera, ni tan siquiera calara el papel. Quiero decir, que toda aquella inmundicia aguantó perfectamente durante las horas que duró la fiesta y solo se precipitó cuando los críos se colocaron debajo para golpearla.

La anciana dirigió el rostro hacia mi posición, como si me mirara.

—Podéis volver a lo que estabais haciendo— anunció a su joven séquito.

Los niños se retiraron. No convenía que escucharan la conversación de los mayores. León seguía pegado al tanque de vidrio. Había alcanzado algunos chicles, a sabiendas de que la persona al mando de la situación era ciega. En aquel momento, al fondo de la nave, se abrió de nuevo la puerta que conectaba con la habitación de la entrada y vimos a una mujer, a todas luces la secretaria que no estaba en su puesto cuando entramos; tal vez la madre de uno o varios de aquellos niños. Caminó con paso firme hasta nuestra posición, nos miró de reojo al pasar por nuestro lado y se acercó a la anciana, tal vez su propia madre.

—Madre— le dijo, cogiéndole la mano.

Acto seguido acercó sus labios al oído de la vieja y murmuró una retahíla de palabras afectadas durante algo más de un minuto. El semblante de la madre cambió de la personificación de la sorna al atisbo de la solemnidad hacia el final de su discurso. Después, se situó al lado izquierdo de la anciana mujer y ésta volvió a hablar, esta vez con un tono más pausado y comedido.

—Hemos cometido un error con la entrega de vuestra piñata. La que recibisteis no era para vosotros. Ha habido un problema con nuestros albaranes, una equivocación con los envíos.

Nuestra aprensión iba en aumento. Llevábamos cinco minutos en aquel lugar y parecía que hubieran pasado cinco horas. Tal vez el tiempo se había dilatado en el exterior, quién sabe. Su y yo nos miramos y nos leímos el pensamiento: era hora de salir de allí y seguir con nuestra plácida existencia en nuestro jardín, junto a la piscina y los limoneros.

La anciana continuó hablando.

—Os propongo algo y esto es lo único que puedo hacer por vosotros: podemos devolveros vuestro dinero, aceptáis mis disculpas y además os lleváis la piñata correcta, esta vez con caramelos en su interior; o bien, a cambio de vuestro absoluto silencio, os ofrezco una explicación sobre por qué había sangre dentro de la vuestra y por qué se precipitó sobre los niños durante más tiempo del debido.

En la película de 1974 *La Matanza de Texas*, de Tobe Hooper, todo sale terriblemente mal desde el momento en que los protagonistas, tal vez por aburrimiento, recogen a un autoestopista que resulta ser un perturbado al que expulsan de la furgoneta en medio de gritos histéricos, después de que éste trate de hacerles varios cortes con una navaja. En ese momento, en el almacén, delante de la vieja reina ciega, me acuerdo sin motivo aparente de esa escena y me parece suficiente estímulo para dar por concluida la visita, coger el dinero y olvidarnos de aquella historia.

Y eso hicimos. Lo primordial era largarnos de allí. Dejamos a la vieja en su trono, rodeada de niños, acompañamos a su hija a su mesa y nos devolvió en efectivo el importe de la piñata. Uno de los niños de la familia salió tras nosotros por la puerta-boca, de camino al coche. El gorro cónico sobre su cabeza desfalleció al chocar contra el marco. Aún así se acercó a León y puso en su mano los hilos de seda que sujetaban una nueva piñata con forma de tiburón. Los niños se sonrieron.

—Su, ¿qué acaba de pasar ahí dentro?— le pregunté a mi mujer, ya en el coche de camino a casa. Ella se encogió de hombros y encendió la radio.

—El mundo es un vampiro— me contesté a mí mismo.



Sin embargo, la elección de Gerardo y Su, coger el dinero, aceptar las disculpas y regresar a la seguridad de su hogar en cierto modo podría calificarse de injusta para con la historia. Aquellos lectores que también hubieran escogido deshacerse de su curiosidad, coger el dinero y largarse de aquel lugar puede dejar de leer AQUÍ.

Al resto, les ofrecemos la explicación verídica que hubiera revelado la anciana acerca del error en la entrega de la piñata de sangre.

El tiburón relleno de inmundicia no es sino una piñata-vudú, confeccionada por la anciana ciega y su hija recepcionista con papel, plástico, algunas vísceras (desde luego no la

cantidad que luego cayó) y un infalible conjuro. Fabrican muy pocas de este tipo. Son caras y no todo el mundo puede permitírselas. Fue encargada a Estruendo Visceral, al margen del producto habitual de su página web —por motivos obvios, la piñata-vudú no se publicita— por Cándida Destellos, la actriz con la que Mirta Escada se disputaba su próximo gran papel. El tiburón de papel no llegó correctamente a su destino pero sí cumplió con su propósito: acabar con la existencia y la carrera de la gran Mirta en el momento en que un niño de once años dio un golpe certero en el cénit de su fiesta de cumpleaños.

Bien pensado, Gerardo y Su no hicieron mal del todo al desembarazarse sin saberlo de este desagradable secreto. Optaron por volver a casa, previo paso por el centro comercial para adquirir nuevas toallas, y pasar un agradable fin de semana cerca del televisor, viendo el fastuoso funeral de una de las actrices más importantes de su generación.

Barcelona, 15 de julio de 2014

Tiburón Piñata © 2014, Tamara Romero

Tamara Romero es la autora de HER FINGERS y ARCANA (CIUDAD ESCALERA #1). Sus relatos han aparecido en *Specimens Magazine*, *Visiones 2012* o *Presencia Humana* (Aristas Martínez). Puedes visitarla online en www.tamararomero.com.

PRÓXIMAMENTE:

¡Pérfidas!

Cuarto acercamiento al ovni